

Unidad de Políticas Comparadas (CSIC)

Documento de Trabajo 06-13

**Participación socio-política de los jóvenes
españoles:
medios y trayectorias**

Álvaro Martín Hernández¹

Unidad de Políticas Comparadas (UPC) del
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

alvaro.martin@iesam.csic.es

alvaromh@usal.es

Diciembre 2006

¹ Becario de Introducción a la Investigación en la UPC (CSIC). El autor agradece los comentarios de Luis Moreno a una versión previa de este documento, así como su colaboración junto con la de Francisco Herreros y Ana Arriba en la provisión de los materiales necesarios para elaborarlo. No obstante, todos los errores que pudieran detectarse son responsabilidad exclusiva del autor.

1) Introducción

La participación socio-política juvenil está sujeta actualmente a un debate que enfrenta a catastrofistas con matizadores e, incluso, con entusiastas. La posición catastrofista, en retroceso, va en la línea de Putnam (1995 y 2000) al lamentarse por un declive del capital social en los diferentes países, el cual también afectaría a los jóvenes e iría en correlación con un clima de desafección política (Montero y Torcal, 2000). La investigación social, en este caso, parece ir acompañada por la percepción general de la ciudadanía y de los medios, que utilizan a menudo el Mayo francés como criterio de comparación subjetiva con la situación actual. Más concretamente, en lo que concierne a España, la imagen de cierto letargo tras la transición ha ganado adeptos.

Frente a estas posturas emergen estudios de corte más positivo. Las matizaciones señalan que en la Unión Europea no disminuye el interés de los jóvenes por la política sino la credibilidad de los políticos (Bendit, 2000), que hay una apatía política juvenil interesadamente agigantada (Lacaci, 1985) o que lo realmente existente es un descontento con la participación política formal y una elaboración de agenda política propia por parte de los jóvenes (Henn et al., 2002). Incluso, para el caso español, hay quien ha demostrado estadísticamente que aislando el efecto de la edad (los jóvenes de todas las épocas siempre votan menos que los adultos) y otros, resulta que sería la generación de los noventa (nacidos entre 1976 y 1982) frente a las anteriores la de mayor probabilidad de votar actualmente (Morales, 2003). Todos estos hallazgos ponen en entredicho una supuesta retirada de los jóvenes de la política, y hacen pensar más en una reformulación de los medios empleados tanto para implicarse en la sociedad como para influir en la esfera política.

Dentro de este marco conviene focalizar nuestra atención en el aspecto central del debate: las cifras y trayectorias de participación juvenil. En España existen estudios periódicos que suelen quedarse, en pos de la divulgación fuera del ámbito académico, en colecciones ingentes de datos sin demasiada teoría detrás y con una metodología muy básica². Por otra parte, pensando en la comparación europea, sí que existen algunas aproximaciones bien construidas (Benedicto y Morán, 2003), aunque requieran actualización y más apoyos *micro* tras los datos nacionales. Es en este panorama de

² Es el caso *habitual* (no general) de las revistas, monográficos y estudios periódicos del INJUVE. Sin cuestionar su validez divulgativa y, también, como colección de datos de referencia, creo firmemente que deberían complementarse con otro tipo de estudios más resumidos y claros, que describan pero también que expliquen.

desarrollos científicos donde pretende insertarse el presente estudio, contribuyendo modestamente a sintetizar la información recogida respecto al caso español con la esperanza de conseguir una visión relevante en sí misma pero también como pieza del puzzle europeo y como base para desarrollos posteriores de mayor alcance.

Con este objetivo, en adelante examinaremos la participación socio-política juvenil en España. Realizaré algunos apuntes previos que ayuden a contextualizar y a definir los conceptos que se entremezclan en este campo de análisis, argumentando la relevancia de la participación socio-política y demarcando correctamente el término “juventud”. Seguidamente, en un primer bloque, compararé la implicación socio-política de los jóvenes, a través de diversas formas, con la de los otros grupos de edad, explorando los medios de participación y sus trayectorias cuantitativas recientes. En un segundo bloque construiré un modelo explicativo de los factores de la participación socio-política juvenil, pretendiendo superar así el trabajo descriptivo para circunscribir al contexto juvenil algunas de las hipótesis que a este respecto ya se han formulado para la totalidad de la población. Unas conclusiones cerrarán el estudio.

2) La relevancia de la conjunción entre participación y juventud

2.1.- Las dos vertientes de la participación

La implicación de los ciudadanos en su entorno político y social es, a todas luces, una cuestión central en el funcionamiento de los sistemas políticos. Las arquitecturas institucionales democráticas se limitan a dibujar cauces y posibilidades de participación, pero los rendimientos efectivos del sistema están conectados con los *inputs* que sea capaz de generar la ciudadanía (Vallès, 2000). Ciertamente es que las constricciones institucionales, mediadoras del proceso, resultan de suma importancia en la construcción de un repertorio de formas de participación legalmente admitidas y, dentro de él, en la potenciación o limitación del ejercicio de algunas de ellas. Estas estructuras, que van desde la legislación hasta las dinámicas internas de los partidos políticos, median en el control de los gobernantes por parte de los gobernados, el cual se puede estilizar como una relación de agencia (Maravall, 2003). Pero más allá de la matriz institucional, relativamente constante en los regímenes democráticos consolidados en cuanto a oportunidades formales de participación, debemos realizar un

examen amplio a la hora de explicar los rendimientos de las distintas democracias, un examen que ponga su énfasis en la malla social sustentadora de tales sistemas.

El programa de investigación del capital social se ha centrado en resaltar las virtudes de la implicación de los ciudadanos en asociaciones intermedias como vector de articulación social (Putnam, 1993), idea que ya estaba presente en el pensamiento clásico (Tocqueville, 1980 [1835]), y lo ha relacionado con la buena salud de la democracia. El excesivo peso otorgado a las tradiciones culturales (Almond y Verba, 1972; Putnam, 1993) como explicación de las diferencias relativas a capital social entre sociedades ha sido uno de los grandes problemas de este programa de investigación, que ha sido enmarcado por la nueva ola de investigadores en capital social (Levi, 2001; Herreros, 2002). Salvando estas dificultades, ligadas a los mecanismos pero no al fondo, todas las corrientes deudoras del programa de investigación del capital social confluyen en la caracterización del asociacionismo como un factor importante en el funcionamiento político de la sociedad.

Además de la afiliación a asociaciones intermedias³, para conseguir una perspectiva comprensiva acerca de las relaciones entre la ciudadanía y el sistema político debemos reparar, como es obvio, en el empleo por parte de los sujetos de los medios específicos de expresión política. En este sentido, desde la politología norteamericana se han elaborado modelos muy amplios de formas de participación política que incluyen ítems tales como contactar con políticos, asistir a manifestaciones, firmar peticiones, trabajar para un partido político o acudir a votar, entre otros (Rosenstone y Hansen, 2003). También ha habido propuestas, ya clásicas, de clasificar dichas formas según la variable convencionales-no convencionales en función de si transcurren por canales institucionales o, por el contrario, se desenvuelven al margen de los mismos. En cualquier caso, lo cierto es que los medios empleados por los ciudadanos para su implicación política, bien sea en la vertiente convencional o en la no convencional, son múltiples y de geometría variable conforme se profundiza en la democracia y, también, según se introducen las nuevas tecnologías.

Llegado este punto es de utilidad aclarar a qué nos referiremos en adelante cuando hablemos de participación socio-política. El concepto puede ser resbaladizo y está sometido, más que a debate, a una utilización *ad hoc* indiscriminada y quizá algo

³ El adjetivo “intermedio” hace referencia a la situación de estas asociaciones entre los ciudadanos atomizados y el Estado, ejerciendo como puntos de articulación social. Cualquier referencia de las incluidas al final sobre capital social maneja este concepto, que comprende todo tipo de asociaciones tal y como las entendemos hoy (deportivas, culturales, políticas, juveniles, medioambientales, sindicatos, etc.).

caótica. Participación social, participación cívica, formas convencionales y no convencionales de participación y asociacionismo son algunos de los conceptos que se entremezclan y subyacen a la teoría operativa de cada investigación. Mi intención es, si bien no solucionar el caos, al menos hacer explícita la demarcación conceptual para el presente estudio. Para ello desgranaré los dos componentes del término “socio-político”, que serán tratados en un análisis independiente para, finalmente, señalar sus conexiones.

La participación política se tratará en relación a todas las formas disponibles para los ciudadanos. Realizar un análisis con una docena de variables referentes a la participación política sería tedioso a la hora de presentar los resultados, motivo por el cual he optado por una clasificación que se especificará más adelante.

Por otro lado, la participación social es entendida aquí exclusivamente como la afiliación a asociaciones intermedias de cualquier tipo. Ciertamente es que esta definición no agota todos los medios de participación social, quedando excluidas específicamente las formas de participación social *individualizada* (por ejemplo, los concejos abiertos). Debemos tener en cuenta, no obstante, que nuestro objetivo es considerar trayectorias de participación y, a este respecto, dichas formas de participación social centradas en el individuo son de reciente implantación, amén de estar disponibles sólo en determinadas circunstancias y municipios, lo cual imposibilita la comparación.

2.2.- Juventud: demarcación sociológica

Hay toda una mística en torno a la juventud, elaborada en su mayor parte desde la historia y la filosofía pero también latiendo bajo cierta sociología, que debe ser templada para el análisis empírico. Es más, la observación de la juventud respecto al tema que nos ocupa, la participación socio-política, es uno de los campos más proclives a deslizarse hacia lo valorativo y, si se me permite, lo metafísico, tanto para la admiración como para la decepción.

Es necesario aproximarse a la juventud entendiéndola como categoría, como cohorte de edad, como fase en el ciclo vital de toda persona. A la sociología le resulta menos útil la perspectiva histórica que diferencia entre “generación biológica”, “generación histórica” y “generación política” (Calleja, 2004), sino que debe circunscribir la juventud al análisis estadístico en términos de categoría. Esta última labor, a pesar de lo que pueda parecer a primera vista, no está carente de carga teórica en su operacionalización concreta. Ya advertía Rafael Prieto Lacaci (1985) acerca del

error que supone enfrentar comparativamente a la categoría “jóvenes” con el resto de la población, concibiendo dos grupos opuestos. De esta forma trabaja, dicho sea de paso, el INJUVE en algunos de sus estudios (Mateos y Moral, 2006). Sin embargo, resultaría más aprovechable comparar a los jóvenes con los otros grupos de edad, sin unificar estos últimos bajo una categoría, “adultos”, que dista mucho de ser homogénea. Así trabajaremos aquí, considerando varios grupos de edad para no perder el sentido lineal que tiene dicha variable e insertar así a los jóvenes convenientemente en el ciclo vital.

Una última aclaración conceptual, más operativa, respecto a la juventud es su demarcación en términos de edad. La Asamblea General de Naciones Unidas, al hilo del Año Internacional de la Juventud de 1985, definió como jóvenes a aquellas personas entre los 15 y los 24 años (UNESCO Etxea, 2003). Esta definición, mantenida hasta la fecha, resulta muy restrictiva en su aplicación específica a las sociedades industriales avanzadas. La ONU pretende una caracterización universal, pero la extensión del periodo de la juventud en los países económicamente más avanzados obliga a reformular el arco de edad para los estudios centrados en ellos. En referencia al caso español, el INJUVE trabaja en sus informes de juventud con personas entre 15 y 29 años (INJUVE, 2004), lo cual se adapta mejor a la realidad de nuestra sociedad. No obstante, para el presente estudio se habrá de elevar la edad mínima de entrada en la categoría “joven”, situándose ésta en los 18 años por cuestiones comparativas entre modos de participación (esa es la edad mínima para votar). Sin despreciar la participación adolescente en asociaciones y en política al margen del voto, esta opción parece satisfactoria. Dejamos, pues, a los menores de edad para estudios más específicos y nos centramos en el arco desde los 18 hasta los 29 años.

3) Trayectorias juveniles de participación política:

3.1.- Implicación política de los jóvenes respecto a otros grupos de edad

El gran número de variables relativas a la participación política obliga, primero, a escoger aquellas que resulten más relevantes y, segundo, a agruparlas para evitar un análisis poco resolutivo a causa de la potencial disgregación de los resultados. La lista de variables aquí consideradas se ha elaborado siguiendo dos criterios: importancia teórica conferida a ellas por la literatura y relevancia tradicional para el caso español.

En cuanto a las agrupaciones de dichas variables sobre participación política, he decidido establecer a priori cuatro bloques en función de las cualidades que implica cada forma concreta de participación y que, al tiempo, hacen intuitiva su asociación con otras similares. Así, me referiré a la participación electoral (voto), la participación “de calle” (manifestaciones y *acciones directas*), la participación persuasiva (firma de peticiones, contactos con políticos y contactos con medios de comunicación) y, finalmente, la participación a través de partidos políticos (afiliación a los mismos). Estos bloques se completarán más adelante, ya bajo el concepto de participación socio-política, con la participación en asociaciones.

Y es que, a mi entender, la distinción entre formas convencionales y no convencionales es demasiado genérica y ya algo caduca. Si definimos lo convencional en términos de sujeción a las normas mayoritarias, tal y como señala la Real Academia Española, ¿cómo decir que las manifestaciones no son una forma convencional de participación cuando en el 2000 arrastraron en nuestro país a más del 35% de la población y en el 2004 a más de la mitad? ¿Es la afiliación a un partido político, por ejemplo, una forma no convencional por no superar en nuestro país el 7% actualmente?⁴ Definir en términos de convencional y no convencional, si queremos hablar con propiedad, supone someter la clasificación a una continua re-evaluación a tenor de los datos y de la aceptación social de las diferentes acciones.

Tampoco me parece muy útil emplear el criterio institucional para la diferenciación. Si López Novo (1993) ya señalaba lo escurridizo del propio concepto para las ciencias sociales, resulta que en términos de participación la cuestión se complica aún más. ¿Es lo institucional lo legal o lo canalizado a través de las instituciones? ¿Las manifestaciones convocadas por el gobierno son institucionales? ¿Dirigirse a un político es una acción institucional o no? Demasiadas complicaciones.

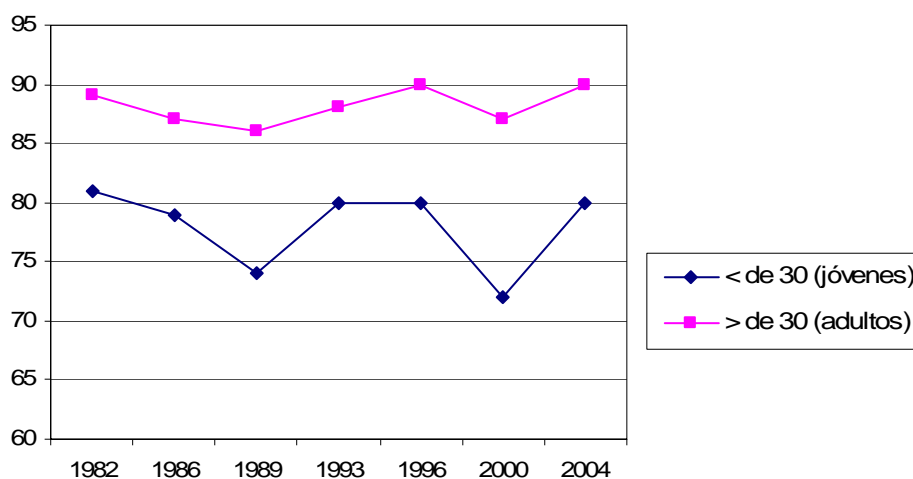
Lo anteriormente expuesto sirve como defensa de una clasificación, a mi juicio, más intuitiva y relajada. Siguiéndola pienso que nos podremos centrar mejor en las características comunes a cada grupo de acciones participativas.

⁴ Estos datos se pueden observar en los gráficos de las páginas siguientes.

Participación electoral

El voto es el medio de participación política más característico y también en el que los jóvenes se muestran siempre más rezagados. En todas las convocatorias electorales habidas en nuestro país los jóvenes han votado entre un 8 y un 15 por ciento menos que el conjunto de los adultos (Gráfico 1)⁵. Esta cuestión no resulta sorprendente en absoluto, ya que los jóvenes de todos los países votan menos, aunque en proporciones distintas según el país (Anduiza, 2001), salvo que exista alguna medida de obligatoriedad en el voto como ocurre en Italia desde los años ochenta.

Gráfico 1. Participación electoral confesada



Fuente: Araceli Mateos y Félix Mbral (2006)

La mayor abstención juvenil en las convocatorias electorales puede ser explicada a través de tres hipótesis (Rosenstone y Hansen, 2003). Es posible que la mayor edad proporcione experiencia política en el sentido de comprensión y cercanía hacia el proceso político y sus elementos (*life-experience hypothesis*), o bien que los adultos estén más integrados y por ello los controles informales de la comunidad los empujen a votar (*life-cycle hypothesis*), o bien que la participación dependa de las experiencias de socialización de cada generación (*generational hypothesis*). Existen fundamentos empíricos contruidos para la defensa específica de cada de estas hipótesis, algunos de ellos en aplicación al caso español (Barreiro, 2000; Morales, 2003). En la parte

⁵ Diferencias en voto confesado. En el caso del voto considero dos grupos, “jóvenes” y “adultos”, por una cuestión de disponibilidad de datos. Para el resto de los análisis dividiré a la población en más categorías, especificando también la media poblacional.

explicativa del presente estudio valoraremos algunos factores circunscritos a estas hipótesis, ante la imposibilidad de probarlas todas exhaustivamente.

Los jóvenes votan menos que los adultos, pero es conveniente señalar que no existe una diferencia constante en esta participación ni tampoco una tendencia clara de caída del voto juvenil. Las diversas convocatorias electorales muestran resultados de participación dispares que no apuntan hacia un destino único. De hecho, en las elecciones generales de 2004 el voto juvenil se incrementó en un 8% mientras el de los adultos lo hizo en un 3%. Este dato, así como la forma zigzagueante del gráfico, nos hacen pensar en la importancia que tiene la coyuntura de cada momento a la hora de considerar la abstención, ya que los jóvenes pueden ser o no movilizados de forma específica para acudir a las urnas. La movilización, junto con el manejo de recursos individuales, parecen ser los factores clave en la participación ya que, como señalan Rosenstone y Hansen (2003) para el caso estadounidense, “citizens participate in elections and government both because they go to politics and because politics comes to them” (pág. 6). Así, las llamadas de los jóvenes a la política son un factor a tener en cuenta para argumentar en contra de una retirada unívoca de ellos respecto al voto.

Considerando brevemente el voto a partidos, parece ser que en el caso español los jóvenes son factor de cambio político. Al menos en las convocatorias electorales españolas de 1986, 1996 y 2004, los jóvenes contribuyeron a inclinar la balanza a favor del partido que inicialmente estaba en la oposición y que tras las elecciones acabaría en el gobierno (González, 2004). Sirva este dato simplemente para remarcar el interés de estudiar a los jóvenes como categoría específica en el voto, más allá de que su participación siempre sea inferior a la de los adultos.

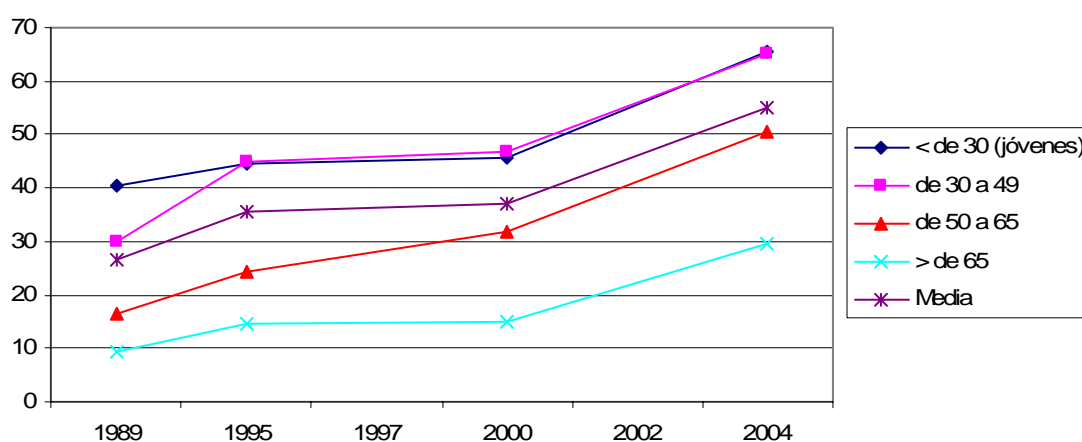
Participación “de calle”

Veamos ahora cómo circula la expresión política juvenil por las calles, comenzando con la asistencia a manifestaciones. Desde 1989, cuando el 40,5% de los jóvenes declaraba haber participado alguna vez en manifestaciones, hasta el 2004, momento en que la cifra ascendía hasta el 65,5%, se observa una evolución siempre creciente no sólo entre los jóvenes sino en todos los grupos de edad (Gráfico 2)⁶. La

⁶ Según los datos de 1997 la participación global de la población en manifestaciones caería un 9% respecto a 1995. No obstante, obviamos estos datos porque en la encuesta del CIS de 1997 (nº 2240) no se separa el “nunca” del “casi nunca” (se funden en una única opción: “nunca o casi nunca”). Dicha

participación en manifestaciones, por tanto, va sumando adeptos y no responde en absoluto a una retirada, ni juvenil ni general, de las calles. Esta tendencia no debería sorprender ahora como tampoco sorprendía a finales de los ochenta cuando Max Kaase hablaba de “revolución participatoria” (Barnes, Kaase et al., 1979) para referirse a la enorme expansión que desde los setenta experimentaban en Europa las formas de participación *no convencionales*, de entre las cuales las manifestaciones son tal vez el elemento fetiche.

Gráfico 2. Participación en manifestaciones⁷



Los jóvenes son líderes respecto a otros grupos de edad en lo que a manifestaciones se refiere, compartiendo su liderato sólo con el grupo de edad inmediatamente posterior. Las diferencias respecto a la media general de toda la población son siempre superiores al 8%, dato que sitúa claramente a los jóvenes como vanguardia de las movilizaciones callejeras. Es bastante probable que esto se deba a una conjunción de factores entre los que me atrevo a avanzar la mayor cercanía (en términos de red) de la gente joven con respecto a los organizadores y ámbitos de movilización (institutos, universidades, actividades político-lúdicas), la disponibilidad de un tiempo flexible y prescindible ligado a la condición de estudiante, el buen estado físico para sortear imprevistos durante la manifestación y, finalmente, la concepción extendida de

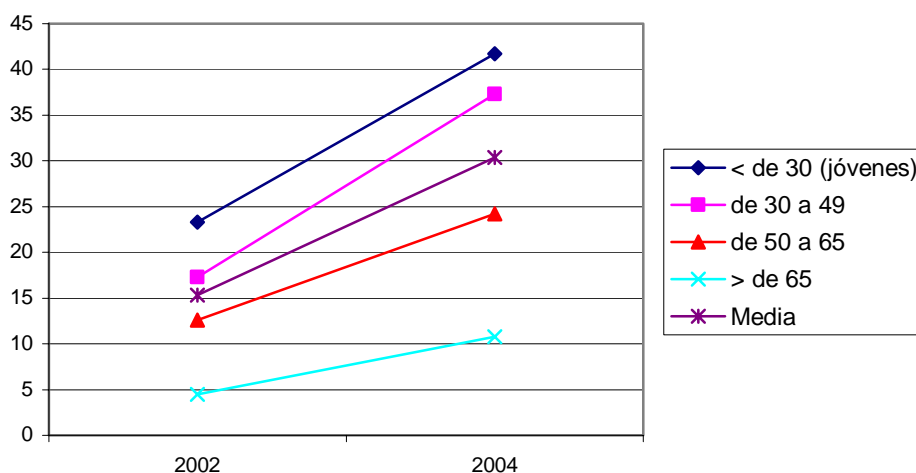
categorización oculta tras de sí al notable porcentaje de individuos que participa con baja frecuencia, “casi nunca”, pero participa. Esta decisión está contrastada con otros estudios que sí manejan fuentes de datos comparables para 1997 (Morales, 2003) y que no observan caída ninguna, si acaso un leve ascenso.

⁷ Los datos que empleamos a lo largo de esta investigación provienen de varias encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Concretamente, empleando la numeración del CIS y señalando entre paréntesis el año de realización, hemos utilizado los estudios 1788 (1989), 2154 (1995), 2240 (1997), 2384 (2000), 2450 (2002), 2575 (2004). No en todos los estudios hay información sobre todas las formas de participación socio-política. Cuando no tengamos datos para algún año se interpolará la tendencia o, en su caso, se dejará en blanco el año en cuestión.

manifestación-fiesta que añade a las movilizaciones incentivos de tipo social (reencuentro con amigos y conocidos de anteriores manifestaciones). En estas líneas interpretativas se expresa Caínzos (en prensa).

Por otro lado, cabe llamar la atención sobre el despegue de la participación en manifestaciones que se observa en el 2004 para el conjunto de la población y que el siguiente gráfico (Gráfico 3) muestra con claridad. No nos fijamos ahora en si la población ha participado alguna vez en manifestaciones, sino que la pregunta se ciñe con concreción a los 12 meses previos a la realización de la encuesta, lo cual nos permite observar claramente la coyuntura del momento.

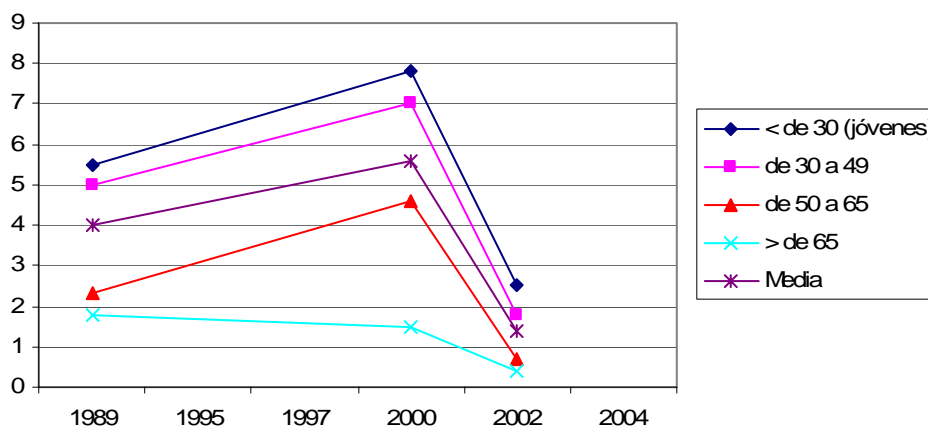
Gráfico 3. Porcentaje de sujetos que han participado en alguna manifestación durante los 12 meses previos a la encuesta



La asistencia a manifestaciones se duplica, pasando el global de la población del 15,3% al 30,4%. No obstante, este dato ha de ser tomado con mucha cautela ya que se adscribe a un contexto muy especial derivado de los atentados ocurridos en Madrid el 11 de marzo, los cuales motivaron numerosas y populosas manifestaciones de solidaridad con las víctimas y rechazo al terrorismo, algunas de ellas convocadas por las propias instituciones. Estas circunstancias excepcionales hacen imposible separar la tendencia normal de asistencia a manifestaciones de las incorporaciones puntuales en rechazo a los atentados. En cualquier caso, la tragedia reversionó positivamente en la participación implicando en las manifestaciones a ciudadanos antes desafectos, marcando así la posibilidad de nuevas trayectorias individuales de movilización en un futuro y respecto a otros temas.

Pasemos ahora a evaluar, tras las manifestaciones, otro género de actividades efectuadas también en las calles pero cuyo denominador común es la ilegalidad. Bajo el rótulo de “acción directa”, siguiendo la terminología anarquista decimonónica, incluyo las pintadas, ocupaciones de edificios, bloqueos de tráfico y daños a las cosas.

Gráfico 4. Participación en *acciones directas*



Pocos cuestionarios recogen este tipo de acciones, pero a través de los que lo hacen podemos observar un incremento notable en el 2000 para todas las edades, salvo para los ancianos, seguido de un descenso pronunciadísimo en 2002 (Gráfico 4). Los jóvenes pasan de una participación del 7,8% en 2000 a tan sólo un 2,5% dos años después. Hay que tener en cuenta que declarar la participación en acciones de este tipo es bastante comprometido, por lo que quizá sea más difícil reconocer su ejercicio en 2002 frente a un gobierno como el del Partido Popular, que contaba con mayoría absoluta y se mostraba bastante severo ante semejantes actos. Sea como fuere, lo cierto es que los jóvenes de nuevo son mayoría en términos relativos y presentando unas cifras, dadas las cualidades de las acciones, en absoluto tan reducidas como cabría esperar. De hecho, y a pesar de la caída observada en el gráfico, en 2002 hay más jóvenes ejerciendo acciones directas que afiliados a un partido político: el 2,5% frente al 1,3%.

¿Qué podemos decir, de forma sintética y general, respecto a la participación política de los jóvenes en las calles? En primer lugar cabe resaltar las elevadas cifras de participación en manifestaciones y las reducidas aunque significativas cifras en referencia al ejercicio de acciones directas. Pero, lo que es más importante, son los jóvenes quienes mueven la política en las calles con diferencias notables respecto a la

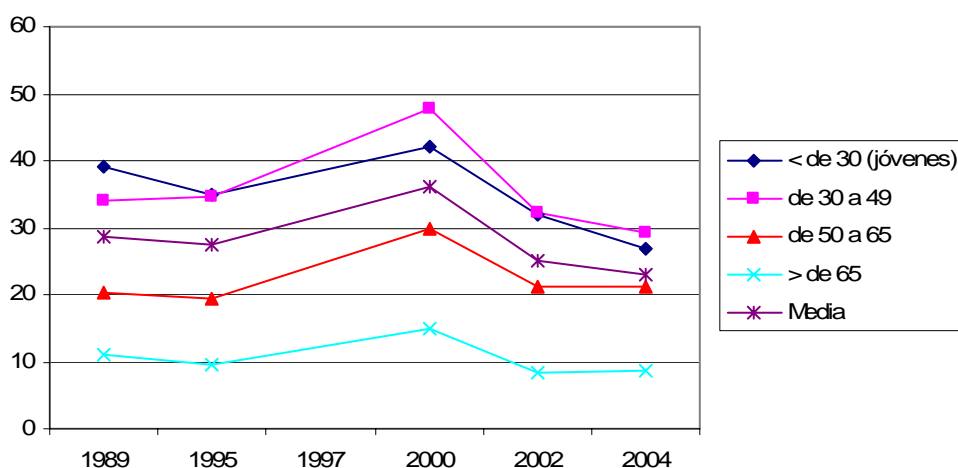
media que correspondería al conjunto de la población, y con diferencias abismales respecto a aquellos que superan los 50 años.

Participación persuasiva

Las formas de participación política ligadas a la persuasión tienen un cariz especial que las demarca de forma clara. Entre ellas consideraremos la firma de peticiones, los contactos con políticos y, finalmente, las cartas y apariciones en los medios de comunicación. El denominador común a todas ellas consiste no ya en la escenificación de una confrontación directa respecto a determinada cuestión sino en los intentos por influir en las decisiones políticas tomando como arma principal el convencimiento, no la oposición más o menos irreconciliable.

Las cifras globales en cuanto a firma de peticiones no dibujan una tendencia constante, pero se puede identificar cierta caída desde 1989 a excepción del incremento del 8,7% observado en la media en el año 2000 (Gráfico 5). A pesar de la caída, cabe resaltar que entre un cuarto y un tercio de la población ha ejercido a lo largo de la democracia española esta opción participativa.

Gráfico 5. Participación mediante la firma de peticiones

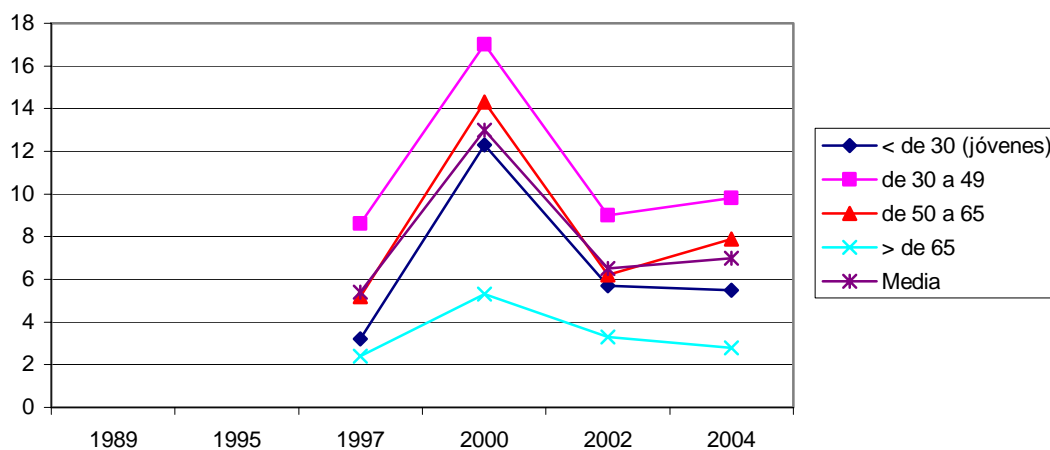


La población menor de 30 años mantiene unos resultados de firma de peticiones por encima de la media, aunque normalmente por debajo de los que arroja el grupo de 30 a 49 años. De nuevo los jóvenes, lejos de una hipotética apatía, marcan una diferencia en la participación respecto a la media poblacional que en 2004, momento donde esta diferencia era menor, se situaba todavía en el 3,8%. Esta forma concreta de

participación persuasiva cuenta con un especial apoyo juvenil que quizá se explique porque muchas recogidas de firmas se realizan en las propias manifestaciones. Ligar en alguna medida manifestación a recogida de firmas facilita, sin duda, que los jóvenes marquen diferencias al alza.

La situación cambia si nos referimos a los contactos con los políticos para transmitirles quejas o inquietudes ciudadanas. Esta acción es mucho más minoritaria en España con respecto a las firmas de peticiones, aunque marca una evolución temporal similar a ésta (Gráfico 6). Los valores para el conjunto de la población oscilan entre el 5,4% y el 13%, situándose de nuevo un pico en el año 2000. El año que marca el inicio de la mayoría absoluta popular supone un punto de inflexión tras el cual la participación baja. Desde una perspectiva de elección racional, los contactos con los políticos son más útiles con gobiernos de mayoría relativa porque hay mayores controles y competencia parlamentaria, lo cual obliga a los políticos a escuchar en mayor medida. Esto es conocido por los ciudadanos, que obran en consecuencia intentando contactar entonces con los políticos.

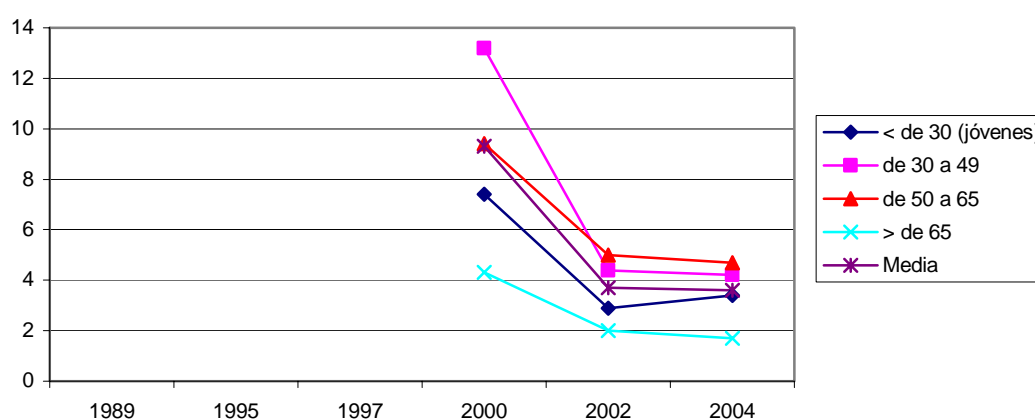
Gráfico 6. Participación mediante el contacto con políticos



Los jóvenes se muestran menos proclives a contactar con los políticos que la media total de la población. Sólo están por debajo de ellos los mayores de 65, mientras que el arco desde los 30 hasta los 65 se sitúa a la cabeza. Caben dos observaciones. Primero, los adultos tienen más recursos cognitivos para ejercer una acción tan refinada como es contactar con un político. Segundo, los jóvenes a pesar de mostrarse rezagados no son ni mucho menos el grupo de edad que menos contactos con políticos realiza, estando por detrás de ellos los más mayores.

Veamos ahora las frecuencias de contacto con los medios de comunicación. Aunque los datos para esta variable comienzan en el 2000, sigue observándose que los momentos previos a ese año fueron especialmente favorables para todas las formas de participación persuasiva (Gráfico 7). Los valores están, en cualquier caso, por debajo de los anteriormente observados en referencia a los contactos con políticos: la media poblacional cae de un 9,3% en el 2000 hasta el 3,7% en el 2002, manteniéndose estadísticamente constante en el 2004.

Gráfico 7. Participación política a través de los medios de comunicación (enviar cartas, aparecer en ellos denunciando un determinado problema)



Los jóvenes también están aquí rezagados, aunque en un grado tan pequeño que puede resultar estadísticamente despreciable (la diferencia respecto a la media en 2004 es de -0,2%). Las observaciones realizadas para el contacto con los políticos se reproducen aquí para unas cifras levemente menores. Los adultos con sus mayores recursos cognitivos y experiencia siguen en cabeza, así como los ancianos permanecen con una participación menor a la de los jóvenes.

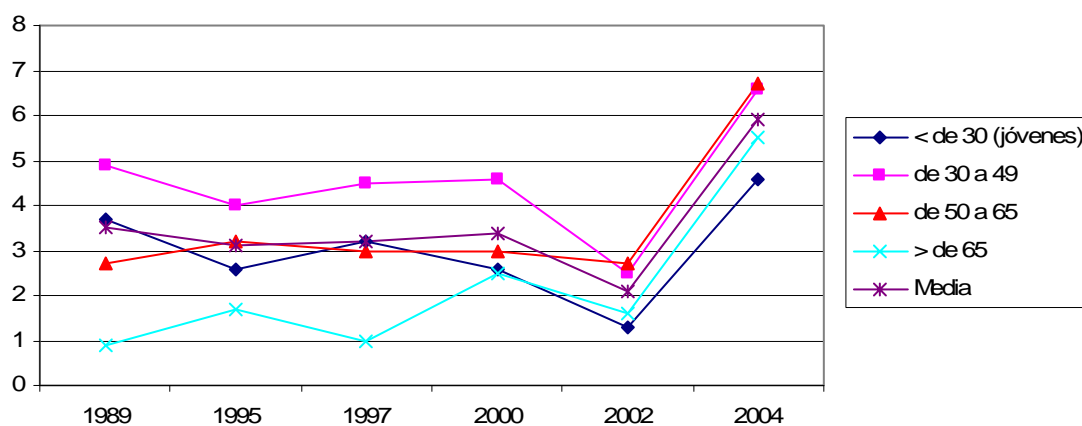
Llegado este punto resulta de utilidad resumir lo dicho hasta ahora en referencia a la participación política basada en la persuasión. La firma de peticiones, asociada en parte a las manifestaciones y a sus círculos de influencia, es la forma persuasiva preferida por los jóvenes y en la que superan a todos los grupos de edad salvo a los ciudadanos de 30 a 49 años. Los contactos con los políticos y con los medios de comunicación son, por el contrario, acciones de las que los jóvenes se apartan en mayor medida, quizá debido a los requisitos cognitivos y de experiencia que éstas requieren y, también, por la materialización social difusa que suponen estos contactos frente a otras formas de participación callejera. En cualquier caso, los datos disponibles no muestran

una caída libre en las formas persuasivas de participación, las cuales experimentan un repunte considerable en el año 2000 al hilo del contexto previo de mayoría parlamentaria relativa. La persuasión parece ser más útil cuando los gobernantes tienen incentivos para escuchar.

Participación a través de partidos

La militancia política es una actividad bastante reducida en nuestro país con respecto a otras formas de participación, situándose su mínimo en el 2,1% de la población y su máximo en el 5,9% (Gráfico 8). La evolución temporal de los porcentajes, dado que se trata de cifras muy pequeñas, no experimenta grandes cambios a excepción de la caída en 2002 y el espectacular repunte en 2004. A la vista de los datos parece ser que el clima político de los últimos años del gobierno popular fue propicio para la afiliación partidaria, más aún si tenemos en cuenta el gran número de movilizaciones que en oposición a la Guerra de Irak acercaron a los ciudadanos a la política y, por qué no, al carnet partidario ante las expectativas de un cambio político.

Gráfico 8. Militancia en partidos políticos



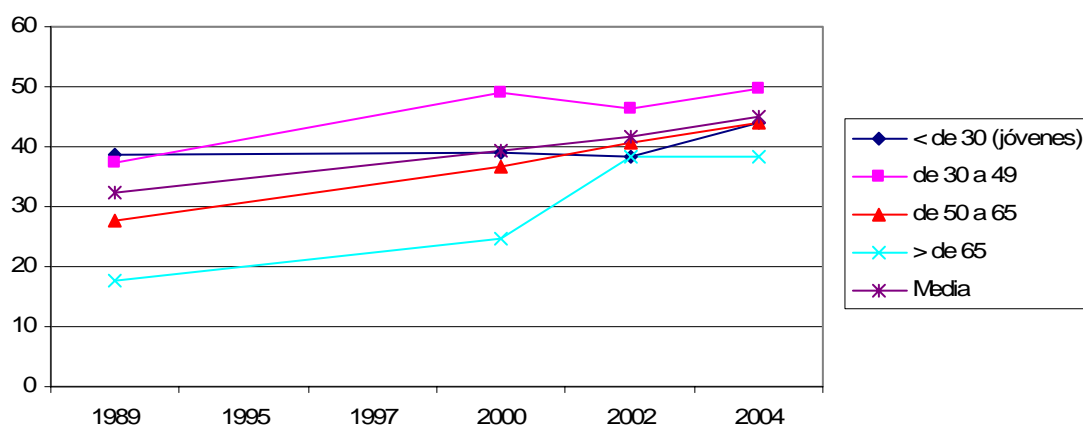
Aquí los jóvenes presentan tasas de afiliación, desde el 2000, inferiores a la media de la población y, lo que es más significativo, por debajo de cualquier otro grupo de edad. En 2004 se sitúan a 1,3 puntos de la media, describiendo la mayor diferencia de todo el arco considerado. Hay quien ha observado para el caso británico un descontento con la participación política “formal” y una elaboración de agenda propia por parte de los jóvenes, así como un “efecto periodo” marcado por la precariedad y que desvía la atención juvenil de la política de partidos hacia cuestiones sobre su futuro

laboral (Henn et al., 2002). En mayor o menor medida podemos circunscribir estas hipótesis para el caso español en virtud de conseguir una explicación que requiere de estudios más específicos. Por el momento nos basta con observar que los jóvenes prefieren en menor medida afiliarse a los partidos políticos, aunque siguen la tendencia general que dibuja un repunte en la afiliación durante el 2004.

3.2.- Evolución de la relación entre jóvenes y asociacionismo

Tras considerar la participación política, y para satisfacer las expectativas del estudio, debemos reparar en la participación social de los jóvenes. Tomando como indicador la proporción de afiliados a una o más asociaciones, resulta que la media poblacional ha experimentado un incremento lineal constante (Gráfico 9). Por su parte, los jóvenes han pasado de ser el grupo con mayor proporción de afiliados en 1989 a situarse prácticamente en la media en 2004. La explicación a este hecho no reside en una retirada juvenil, ya que la tendencia es bastante estable y ligeramente al alza, sino en los tremendos despegues de otros grupos de edad a la hora de afiliarse a asociaciones, lo cual como hemos dicho ha elevado la media.

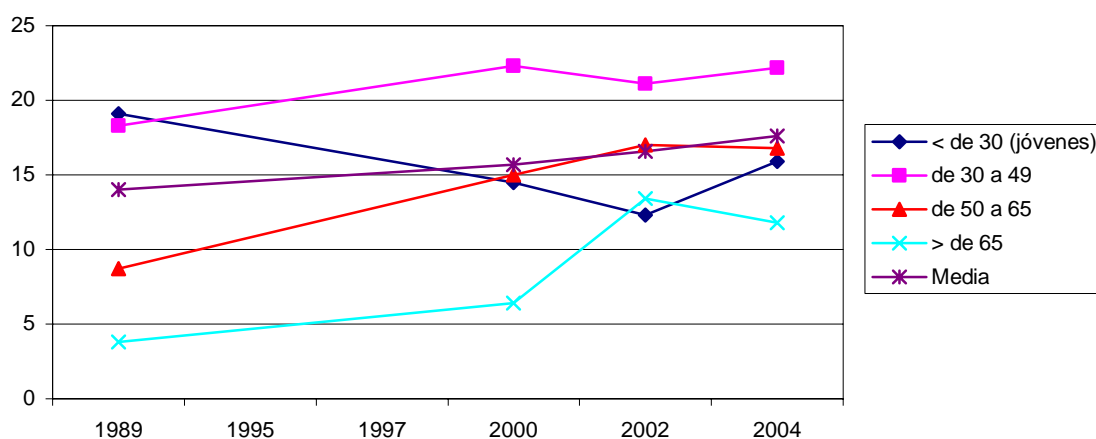
Gráfico 9. Porcentaje de sujetos que pertenecen a una o más asociaciones



Hay una expansión del asociacionismo juvenil particularmente interesante entre 2002 y 2004. La proporción de afiliados jóvenes se incrementó en un 5,6%, el mayor cambio de entre todos los grupos de edad para ese periodo. Nuevamente las manifestaciones contra la guerra y, en este caso particular, la colaboración juvenil para paliar el desastre del petrolero *Prestige* pudieron elevar las afiliaciones jóvenes de esa forma y hasta esas cotas.

Un análisis de la afiliación múltiple, a más de una asociación, no revela tendencias diferentes (Gráfico 10). Cabe resaltar que los porcentajes son mucho menores y, con respecto a esta nueva situación estadística, las diferencias entre los grupos de edad relativamente mayores. Los adultos jóvenes (de 30 a 49 años) marcan aquí una diferencia respecto a otros grupos igual porcentualmente a la observada antes pero mayor en términos relativos. Mantener varios carnets simultáneamente requiere de unos recursos no ya económicos sino de imbricación social, y de capital relacional, más disponibles para los adultos que para los jóvenes. Más adelante, cuando reparemos en los determinantes de la participación, podremos probar esta cuestión.

Gráfico 10. Porcentaje de sujetos que pertenecen a más de una asociación (afiliación múltiple)



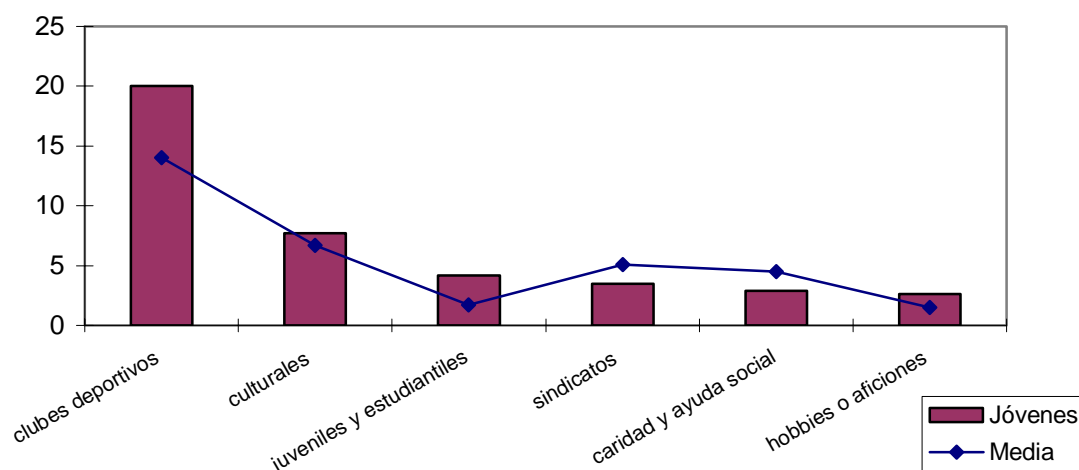
La panorámica del asociacionismo no puede quedarse aquí, en la simple afiliación. Es necesario comparar también el grado de implicación para con las asociaciones que muestran los diferentes grupos de edad. Sin embargo, los análisis transversales a este respecto no revelan diferencias significativas entre los grupos de edad⁸. Lo que sí se observa es que en torno a la mitad de los asociados, sea cual sea su edad, participan activamente en sus asociaciones, contentándose la otra mitad con la contribución económica y el *feedback* simbólico que otorga la simple tenencia del carnet.

Otro aspecto necesariamente reseñable es la distinción entre diversos tipos de asociaciones. Explorar longitudinalmente la evolución de la afiliación a cada tipo de asociación no sólo supera los límites de este trabajo sino que es técnicamente

⁸ El análisis piloto se realizó para el año 2004 sobre el estudio 2575 del CIS. La significatividad de la prueba chi-cuadrado era muy superior al 0,05, por lo que podemos decir que la edad no tiene influencia entre los asociados a la hora de implicarse activamente en la asociación.

imposible⁹. He optado entonces por mostrar las diferencias de la participación juvenil respecto a la media de toda la población para cada tipo de asociación en un momento concreto, el año 2002¹⁰.

Gráfico 11. Porcentaje de jóvenes afiliados a cada tipo de asociación en 2002 y media poblacional (se muestran los tipos de asociaciones con mayor frecuencia)



De los seis tipos de asociaciones mayoritarias entre los jóvenes, estos participan por encima de la media en los clubes deportivos, en las asociaciones culturales, en las asociaciones juveniles y estudiantiles (naturalmente) y, por último, en los clubes en torno a aficiones. Es, como vemos, la actividad deportiva la que atrae con más fuerza a los jóvenes consiguiendo más del doble de las afiliaciones que obtiene el siguiente tipo de asociaciones, las culturales. Cabe resaltar también que la participación juvenil en las organizaciones de caridad y ayuda social, el llamado “núcleo duro” del Tercer Sector (Torre Prados, 2005), es reducida y se encuentra por debajo de la media.

Intentando explicar lo anterior, parece ser que los jóvenes cuando se asocian lo hacen principalmente para conseguir bienes privatizables en alguna medida. Perteneciendo a un club deportivo o a una asociación cultural los afiliados consiguen bienes y servicios que pueden disfrutar individualmente y que de otra forma no obtendrían (acceso a pabellones deportivos, participación en competiciones,

⁹ Las preguntas en los cuestionarios son inconmensurables, ya que varían el número de realidades caracterizadas como asociaciones y además las agrupan de diferentes formas. Es por este mismo motivo que aún disponiendo de datos sobre afiliación para 1995 y 1997 no se muestran, ya que el concepto de asociación es en esas encuestas muy restrictivo y contamina los análisis.

¹⁰ Estudio 2450 del CIS. Disponemos de datos para 2004, pero el efecto introducido por el 11-M podría contaminar el análisis de la participación.

organización de exposiciones, descuentos en el acceso a museos, etc.). Sin embargo, aquellos tipos de asociaciones destinadas a la consecución de un bien público, como las de acción social y tantas otras¹¹, presentan menor afiliación ya que sus beneficios revierten en el conjunto de la comunidad y son económicamente inespecíficos para sus miembros en términos generales. Por este motivo la mayoría de los ciudadanos prefieren no asociarse a ellas, ya que pueden beneficiarse, por ejemplo, de la prestación voluntaria de servicios sociales sin necesidad de participar en su producción como asociados. He aquí el problema del *free rider* (Olson, 1971), del aprovechado, que por otra parte no es ni mucho menos exclusivo de los jóvenes.

Si bien esta perspectiva racional puede servir como marco general, a la hora de descender en el análisis para observar específicamente el voluntariado hay que reparar en las motivaciones concretas de los sujetos en él implicados. Ángel Zurdo (2003) desarrolla una meticulosa tipología motivacional de los voluntarios, distinguiendo cuatro categorías que emergen del cruce de tres ejes: orientación individualista, orientación moral y orientación socio-política. Aquí defendemos que los asociados escogen su afiliación desde cierta racionalidad instrumental, lo cual es incompatible con el hecho de que quienes deciden finalmente entregarse a la provisión de bienes públicos desde el centro del Tercer Sector (organizaciones de acción social) han de ser examinados meticulosamente. Dentro de nuestro marco dicho examen entendería a los voluntarios como las colas de una distribución normal que encuentra el comportamiento racional economicista en su mediana, en las asociaciones de bienes privatizables.

A pesar de ello no todos los voluntarios son altruistas desinteresados, tal y como señala el propio Ángel Zurdo. Existe un perfil individualista instrumental o profesionalista que busca en el voluntariado una manera de formar currículum antes de salir al mercado laboral, opción que afecta fundamentalmente a los jóvenes. Otros también han reparado en esta cuestión (Callejo, 1999), contribuyendo así a limitar el desinterés como característico de una parte de los voluntarios. Tendremos que observar si en un futuro crece la afiliación a organizaciones de acción social entre los jóvenes, y encontrar la forma de saber también si este fenómeno está más o menos relacionado con un instrumentalismo laboral.

Una última cuestión que merece mención con respecto a los tipos de asociaciones a las que se asocian los jóvenes hace referencia a las posibilidades de

¹¹ Las ecologistas, pacifistas, de cooperación internacional, pro-derechos humanos, etc. No han sido incluidas en el gráfico por su baja frecuencia.

movilización política. Si bien toda asociación supone unos intereses e información específicos susceptibles de favorecer la intervención política, parece ser que sólo algunas de ellas fomentan una participación política adulta (McFarland y Thomas, 2006). Todas ellas generan capital social, pero sólo algunas inciden significativamente en la participación política posterior¹². He aquí una conexión peculiar entre la participación social y la participación política.

3.3.- Participación socio-política: tendencia y coyuntura

Sobre los datos concretos que hemos manejado no es apropiado argumentar a favor de una retirada juvenil del mundo socio-político. En ninguna forma concreta de participación, con la salvedad de la firma de peticiones, hay una tendencia de caída clara y constante. Por el contrario, determinadas formas como son la participación en manifestaciones o el asociacionismo implican en torno a la mitad de los jóvenes, mostrando expansiones recientes que abren nuevas posibilidades. En este sentido expansivo, que no en el porcentual, también llama la atención la mayor afiliación a partidos políticos en los últimos años.

Otra cuestión bien distinta es si consideramos los porcentajes absolutos, de toda la población, como excesivamente reducidos. Analizar las últimas dos décadas en la participación no basta para rebatir una tesis que tiene como referencia ideal los niveles de participación socio-política de finales del XIX y principios del XX, o incluso de los años sesenta. Respecto a estos periodos la participación actual a través de determinadas acciones ha descendido. Muy atrás quedó, para nuestro país, el millón de afiliados a la CNT durante la Segunda República o la agitación de finales de los sesenta y principios de los setenta. Sin embargo, es vital considerar que la retirada de la política activa ha ocurrido respecto a ciertas formas tradicionales y no en relación con formas alternativas, nuevas, de participación. Los estudios ya clásicos sobre nuevos movimientos sociales (Offe, 1996) indican la expansión de estos últimos, y no faltan estudios más actuales que pongan de relieve no tanto una disminución en el interés por la política como en la credibilidad de los políticos (Bendit, 2000). No me extenderé en esta cuestión, ya que al principio del estudio ofrecí alguna referencia más al respecto. Tan sólo es remarcable el

¹² Este estudio se refiere al caso estadounidense. La inclusión durante la adolescencia y juventud en asociaciones de prestación de servicios, estudiantiles, de teatro, musicales y religiosas incrementa la probabilidad de implicarse políticamente en la adultez. Sería interesante aplicar en un futuro estudio este análisis al caso español para encontrar la articulación interna de lo que se ha llamado capital social.

hecho de que, tanto para la perspectiva histórica amplia de la participación juvenil como para la del conjunto de la población, es más correcto hablar de reformulación en los medios que de retiradas sin retorno.

Este último aspecto, la posibilidad de un retorno a ciertas formas de participación, es el que suscita esperanzas para elevar esos valores absolutos de participación juvenil. La segunda modernidad, caso que pudiera llegar a ser caracterizada como de cierta apatía política, no es ni mucho menos un continuo abocado a la muerte política de la juventud. Hemos observado coyunturas recientes de recesión y también de expansión de algunas formas participativas. Los primeros años de la mayoría absoluta popular fueron negativos para las acciones vinculadas a la persuasión y también para las acciones ilegales, afectando en menor medida a la militancia política. Sin embargo, en el 2004 el voto, las manifestaciones y el asociacionismo crecieron considerablemente generando una situación absolutamente positiva.

Y es que, como ya especificué respecto al voto, la participación juvenil requiere de un análisis que recoja tanto los recursos individuales que la facilitan o restringen como la posibilidad de movilización de la juventud en tanto que *target* político. Incluyendo la movilización estratégica de los jóvenes por parte de los partidos encontramos más piezas para entender el puzzle de la participación al tiempo que podemos poner mayores esperanzas en retornos juveniles a ciertas formas de expresión socio-política según la coyuntura del momento. No basta con la perspectiva individualizante tradicional, hay que considerar la posibilidad de una inducción a la participación a la hora de elaborar cualquier modelo explicativo (Rosenstone y Hansen, 2003).

4) Factores explicativos

Tras haber abordado la participación socio-política descriptivamente y haber formulado, asimismo, algunas hipótesis explicativas desde el marco político, ha llegado la hora de intentar la elaboración de un modelo explicativo más comprehensivo y no centrado ya en los cambios y tendencias sino en los determinantes individuales de la participación juvenil. Para ello emplearemos una perspectiva sincrónica, centrand

todos nuestros análisis en el año 2002, sobre el estudio número 2450 del CIS¹³. No obstante, en futuros estudios se deberían completar las regresiones aquí mostradas, referidas como decimos al año 2002, con la realización de análisis para otros años, introduciendo así una perspectiva longitudinal que podría ayudar a comprender la dinámica temporal interna de cada forma de participación. Por el momento, y para obtener una panorámica general de la participación socio-política juvenil, no nos queda más remedio que limitar al año 2002 los análisis.

Hemos de aclarar también que todas las regresiones se realizan circunscritas exclusivamente a la población que hemos definido como jóvenes. Ya que se trata de analizar los determinantes de la participación juvenil, resulta lógico que se considere sólo a estos como grupo de estudio. Así, cuando se incluya la edad en las regresiones hay que resaltar que dicha variable se refiere a los jóvenes, actuando como un continuo que abarca desde los 18 hasta los 29 años.

De las variables hasta ahora observadas hemos realizado una selección para evitar que el exceso de datos complique la interpretación y la prueba de hipótesis con el consiguiente riesgo de desviar nuestra atención hacia zonas residuales. En representación de cada una de las anteriores agrupaciones de formas de participación observaremos como variables dependientes la participación electoral a través del voto, la participación en manifestaciones, la firma de peticiones y, como no, la afiliación a asociaciones. El criterio empleado para tal selección es la existencia de una frecuencia de casos aceptable para emplear la regresión logística de manera robusta, ya que en variables con bajas frecuencias participativas la significación del análisis peligrará. Para los comportamientos excluidos como variables dependientes (la participación en acciones directas, el contacto con los políticos, el contacto con los medios de comunicación y la afiliación partidaria) convendría el desarrollo de métodos cualitativos y de estudios cuantitativos focalizados en tales acciones. En cualquier caso, creo que la muestra de variables dependientes considerada es representativa de cada tipo de acción participativa y suficiente para descubrir las variables independientes que operan detrás de tales acciones.

El método empleado para el análisis es la regresión logística, pero entendida de una forma peculiar. Si bien lo habitual es incluir absolutamente todas las variables

¹³ De nuevo disponemos de datos para 2004 pero no los utilizamos para prevenirnos del efecto del 11-M sobre ellos. Dado que empleamos un análisis sincrónico, obviando la existencia de datos para 2004 evitamos acontecimientos contaminadores de la participación juvenil y, así, generalizaciones erróneas. En cualquier caso, no discutimos el interés de estos datos para otro tipo de estudios de carácter longitudinal.

independientes en el análisis y desechar aquellas cuyo efecto desaparece en un análisis conjunto, aquí utilizaremos un sistema de regresiones logísticas “parciales” previo a las regresiones que incluyan todas las variables independientes. La razón es sencilla. En una regresión global se pierden muchas variables que sí tienen un efecto significativo en los comportamientos observados, pero cuya información es sustraída, por decirlo de algún modo, por otras variables más potentes. Conseguir un modelo parsimonioso en el sentido que propugnaba Guillermo de Ockham es loable, pero en el caso que nos ocupa resulta más conveniente un análisis previo que revele la matriz de efectos cruzados que luego puedan darse.

Teniendo en cuenta lo anterior repararemos en una serie de regresiones logísticas que incluyan diferentes grupos de variables. Los grupos establecidos son “características personales”, “condiciones subjetivas”, “factores de socialización” y, finalmente, “interacción con los demás”. A cada uno de ellos le aplicaremos una regresión logística para descubrir las variables más robustas que, controlando por otras variables dentro de cada grupo, están estructurando los comportamientos participativos de los jóvenes.

Características personales

Considerando las características personales, el hecho de ser universitario tiene un efecto, independiente incluso de la condición de estudiante, en absolutamente todas las acciones observadas (Tabla 1). A tenor de los resultados, la condición de universitario llega a multiplicar por más de dos la probabilidad de votar, firmar una petición y asociarse, siendo ligeramente menor su influencia en la implicación a través de manifestaciones.

Tabla 1. Regresiones logísticas¹⁴. Influencia de las características personales en los diferentes comportamientos participativos. Exponentes de B (*odds-ratios*)¹⁵ significativos al 99%.

	Votar	Manifestación	Firmar petición	Asociarse
Sexo				1,74
Edad	1,22			
Trabajar			1,68	
Estudiar		2,56	2,88	
Universitario	2,58	1,77	2,24	2,12
Vivir en pareja		0,55		
χ^2 del modelo	150,832	52,991	49,997	37,298
Significación χ^2	,000	,000	,000	,000
- 2 L	1177,167	1015,799	1180,831	1279,291
R^2 de Cox y Snell	,144	,052	,050	,037
R^2 de Nagelkerke	,193	,079	,069	,050
N	968	968	984	989

El hecho de que la permanencia en la universidad sea una de las características personales más potentes a la hora de explicar las distintas formas de participación debe derivar de ciertas implicaciones a niveles cognitivos y de recursos de red que conlleva tal situación. Los universitarios poseen mayor número de herramientas cognitivas, fruto del prolongado camino educativo hasta la facultad, que les permiten interpretar con claridad y seguridad la información política que reciben. Pero esto no basta. Aquí examinamos específicamente la condición de universitario, no el paso por la universidad. Debe ocurrir entonces que esos recursos cognitivos especiales se pongan en juego en mayor medida a través de las redes de compañeros en las que están integrados mientras permanecen estudiando. No es ningún secreto para la ciencia política que la implicación en redes sociales favorables a la participación empujan a los sujetos a adoptar tal comportamiento ejerciendo presión social a través del llamado *efecto de red* (Elster, 1989; Funk, 2005), el cual por cierto no actúa exclusivamente en los

¹⁴ Todas las regresiones se han obtenido como resultado de un procedimiento por pasos hacia delante utilizando el parámetro Wald.

¹⁵ Señalan el cambio predicho en la razón (*odd*) por cada unidad incrementada en la variable independiente. Exponentes mayores que 1 indican una relación positiva, mientras los inferiores a 1 muestran una relación negativa.

comportamientos políticos¹⁶. En este sentido, tampoco es un secreto que la universidad es uno de los ambientes más proclives a la movilización y, por tanto, más susceptible de presionar en esta dirección¹⁷.

Cabe observar también el efecto de la condición de estudiante, que multiplica la probabilidad de participar en manifestaciones y firmas de peticiones por encima del 2,5. La explicación a este hecho es la misma que hemos señalado para la condición de universitarios, ya que ambas variables se refieren a estar incluido en la educación formal. Sin embargo, cabe llamar la atención de nuevo sobre el hecho de que ser universitario tiene un efecto adicional más allá de la condición de estudiante, lo cual sugiere que aquella variable está escondiendo detrás otras que correlacionan con ella. Siguiendo la teoría expuesta, las variables en cuestión han de referirse a la posición e integración reticular de los sujetos. Tendremos oportunidad de argumentar, en la regresión final, que escondía la condición de universitario.

Condiciones subjetivas

De entre los factores subjetivos cabe destacar la variable “información política” por su efecto en todas las acciones (Tabla 2). Dicha variable es el resultado de sumar las frecuencias, codificadas en cinco categorías, con las que los sujetos leen las secciones políticas del periódico, atienden a las noticias políticas en radio o televisión y, finalmente, escuchan o ven programas políticos especializados. El efecto de la información política, aunque leve, se deja notar en todas las variables dependientes. La explicación resulta bastante inmediata y algo circular. Cuanto más informados están los individuos mejor interpretan los sucesos que acontecen a su alrededor y, en consecuencia, más proclives son a la participación. También es cierto que los ciudadanos políticamente implicados están más interesados por la política, lo cual les lleva a consumir información de este género. La dirección de la causalidad, como vemos, no es unívoca.

¹⁶ Para profundizar sobre el efecto de red en otros ámbitos véase Kieran, 2000; Varese y Yaish, 2000; Wilson, 2000.

¹⁷ La dirección en la que presionan las redes es un factor muy importante (Mutz, 2002) y que merece exploración específica en el ámbito que nos ocupa. Asumimos por el momento que implicarse socio-políticamente es una actitud valorada positivamente entre la población, especialmente entre la universitaria, por lo que la presión social hacia los sujetos habría de caminar mayoritariamente en ese sentido.

Tabla 2. Regresiones logísticas. Influencia de las condiciones subjetivas en los comp. participativos. Exponentes de B (*odds-ratios*) significativos al 99% salvo indicación.

	Votar	Manifestación	Firmar petición	Asociarse
Satisfacción con la dem.		0,62		
Confianza en la gente		1,44		
Ubicarse ideológicamente	2,02	2,1	1,6*	
Ser de izquierdas		1,68	2	
Ser de centro				
Ser de derechas	2,2*			
No tener religión	0,56		1,42*	1,54
Información política	1,14	1,18	1,15	1,12
χ^2 del modelo	79,813	87,322	81,696	29,206
Significación χ^2	,000	,000	,000	,000
- 2 L	1146,685	903,232	1060,141	1186,906
R^2 de Cox y Snell	,077	,092	,086	,032
R^2 de Nagelkerke	,103	,138	,120	,043
N	889	906	904	908

* Variable significativa entre un 95% y un 99%.

Resulta interesante observar la relación de la ideología con la participación. El mero hecho de ubicarse ideológicamente en la escala frente a no hacerlo multiplica por más de 1,5 la probabilidad de votar, acudir a manifestaciones y firmar peticiones. El hecho no afecta significativamente, sin embargo, a la pertenencia a asociaciones. Tener una ideología definida parece ser un paso previo, o quizás correlativo como en el caso anterior, para actuar políticamente. Esto es un síntoma que argumenta en contra de la supuesta muerte de las ideologías y del fin de la historia que defendía (¿y defiende?) Francis Fukuyama (1992), ya que, al menos para nuestros jóvenes, tener ideología es importante en relación a la participación, y lo es incluso controlando por el tipo de ideología que pudiera declararse.

En este último sentido, para el caso estudiado situarse en la derecha incrementa la probabilidad de votar, decir ser de izquierdas incrementa la probabilidad de manifestarse y firmar peticiones y, finalmente, ser de centro no tiene ningún efecto. Hay que interpretar con reservas la primera de las informaciones, ya que la ideología es una variable que se moviliza diferencialmente según la coyuntura electoral. En las

elecciones observadas, las del 2000, el hecho de que ganara el Partido Popular, y de que lo hiciera por mayoría absoluta, ha de tener algo que ver con la movilización de un electorado joven autoubicado en la derecha. La abstención de la izquierda en estas elecciones en concreto ya ha sido observada con detenimiento (Barreiro, 2000). Por otro lado, en referencia a la participación diferente al voto, es probable que la izquierda joven se muestre más proclive a estas acciones con independencia de la coyuntura ya que son unos comportamientos más estructurados y estables, enmarcados en tradiciones movilizadoras seculares. Sin embargo, solucionar empíricamente esta disyuntiva entre estructura y coyuntura requeriría de un espacio que aquí no tenemos.

Existe también una influencia de la religión en la participación socio-política de los jóvenes. Declarar no pertenecer a ninguna confesión aleja a los jóvenes del voto en el 2000, pero los acerca a la totalidad de los otros comportamientos observados. No están muy claros los mecanismos que operan detrás de ambos hechos, pero en cualquier caso han de ser mecanismos intervenidos. En mi opinión, es probable que el efecto de la religión sea coyuntural en cuanto al voto (movilización indirecta de los intereses religiosos según la agenda electoral), y que desaparezca para el resto de comportamientos en un análisis controlado por más variables, un análisis como el que practicaremos más adelante.

Finalmente, es necesario comentar por qué la variable de confianza en la gente no tiene un papel más relevante en el análisis. No es nuestra intención negar la importancia de la confianza en la participación socio-política, por lo que quizá debamos contextualizar adecuadamente semejante resultado empírico. Aquí la confianza se codifica sólo en torno a la pregunta “¿cree usted que en general se puede confiar en la gente?”, cuando lo habitual es considerar otras preguntas adicionales y más controladas. Por otro lado, el estudio sólo se ciñe a participación juvenil, con todo lo que ello conlleva de precauciones metodológicas. No cabe, por tanto, extraer conclusiones precipitadas sobre semejante resultado empírico.

Factores de socialización

Con la excepción de hablar de política en el colegio durante la infancia, que sólo influye positivamente en la asistencia a manifestaciones, el resto de variables observadas respecto a la socialización son significativas en al menos tres comportamientos de participación socio-política (Tabla 3).

Tabla 3. Regresiones logísticas. Influencia de la socialización en los comportamientos participativos. Exponentes de B (*odds-ratios*) significativos al 99% salvo indicación.

	Votar	Manifestación	Firmar petición	Asociarse
Hablar de política en el colegio		1,56		
Hablar de política en casa	1,9*		1,47	1,46
Padres afiliados a asociación		1,6	1,45*	2,28*
Alguien le influyó políticamente en la infancia	1,89	1,79	2,27	
χ^2 del modelo	23,923	34,292	51,954	44,090
Significación χ^2	,000	,000	,000	,000
- 2 L	1237,305	970,208	1117,715	1213,514
R^2 de Cox y Snell	,020	,036	,054	,046
R^2 de Nagelkerke	,026	,055	,076	,062
N	920	937	936	940

* Variable significativa entre un 95% y un 99%.

Hablar de política en casa durante la infancia incrementa la probabilidad de votar, la de firmar peticiones y la de asociarse, no teniendo influencia significativa en la asistencia a manifestaciones. Resulta bastante lógico que vivir en un ambiente familiar de diálogo político ha de facilitar la participación posterior de los jóvenes, ya que los acerca a los fenómenos sociales y políticos y les da pautas interpretativas de los mismos. Sin embargo, parece ser que la participación en manifestaciones se desmarca de esta explicación, quizá debido a que la variable referente al debate político en el colegio enmascara el efecto del debate familiar, teniendo aquélla mayor potencia explicativa para esta acción.

Las dos variables restantes, afiliación de los padres a una asociación y existencia de un sujeto que ejerciera influencia política en la infancia, hacen referencia a la presencia de comportamientos y figuras de referencia para los jóvenes. Resulta llamativo que la afiliación de los padres ejerza su influencia en todas las acciones salvo en el voto, quizá por ser las elecciones un comportamiento menos conectado lógicamente con el fenómeno asociativo. También cabe señalar que la existencia de una figura con influencia política en la infancia del joven contribuye con coeficientes altos a todos los comportamientos salvo a la afiliación a asociaciones. Es bastante coherente

que así sea, ya que una influencia estrictamente política, tal y como señala la pregunta del cuestionario, no es lo mismo que una influencia en la participación social.

Interacción con los demás

El estudio de las redes sociales y de la información que circula a través de ellas resulta, a juicio de los datos, central a la hora de bosquejar adecuadamente la participación socio-política juvenil. En otros puntos del presente estudio hemos tenido oportunidad de argumentar sobre el efecto de red como mecanismo mediador en otras relaciones, pero ahora podremos observarlo de forma específica y aislada.

Tabla 4. Regresiones logísticas. Influencia de la interacción con los demás en los comportamientos participativos. Exponentes de B (*odds-ratios*) significativos al 99%.

	Votar	Manifestación	Firmar petición	Asociarse
+ de 6 años viviendo en el lugar	1,55			
Hablar de política	2,2	2,15	1,73	2,11
Hablar de política en asociac.		2,22	3,36	-
Ser animado a participar	-	3,17	2,84	-
Ir a misa	1,47			
Ser de asociación			1,57	-
χ^2 del modelo	44,890	96,735	116,189	30,616
Significación χ^2	,000	,000	,000	,000
- 2 L	1260,682	940,780	1082,381	1273,466
R^2 de Cox y Snell	,046	,096	,115	,031
R^2 de Nagelkerke	,062	,145	,160	,042
N	950	954	952	981

Comencemos considerando el tiempo que el joven lleva viviendo en una misma ciudad. Es ésta una variable que sirve para medir indirectamente las oportunidades de generación de red social por parte de los sujetos, ya que una estancia prolongada en la misma ciudad habría de revertir en una acumulación de contactos sociales y, por tanto, una imbricación mayor, si no como deducción directa sí como oportunidad material. Tal fijación espacial, como vemos en la Tabla 4, multiplica por 1,55 la probabilidad de votar, dejando intactos el resto de comportamientos. La literatura ha observado esta

variable precisamente respecto al voto obteniendo los mismos resultados (Rosenstone y Hansen, 2003; Funk, 2005). La explicación de su inacción en otros comportamientos es compleja. Puede que la información arrojada por la variable, muy básica, no sea suficiente para medir correctamente el efecto de red en comportamientos diferentes del mero hecho de ir a votar. También puede ocurrir que los jóvenes que se han mudado recientemente respondan a un perfil determinado que sesgue el análisis. En cualquier caso, podemos estar satisfechos con haber encajado la variable correctamente en las predicciones que los artículos más recientes realizan respecto al voto.

Hablar de política es una cuestión central en la participación socio-política juvenil. Multiplica todas las probabilidades por cifras cercanas o superiores al 2, lo cual indica que efectivamente intercambiar información política es un factor importante. Esta observación es un avance respecto al ya comentado efecto de red, dado que no basta con que los individuos estén inmersos en redes sino que es necesario además que a través de ellas circule información específicamente política (McClurg, 2003).

En la línea anterior se puede explicar el efecto específico que hablar de política en las asociaciones tiene por encima del hecho de pertenecer a una asociación. No es tan importante estar incluido dentro de una asociación, salvo a efectos de realizar tareas habituales en las asociaciones (por ejemplo firmar peticiones), como debatir en su seno sobre política. Los incrementos de las probabilidades son del 2,22 en acudir a manifestaciones y del 3,26 en firmar peticiones. Como vemos, hablar de política es fundamental, y más si se hace en un contexto asociativo.

Hemos reservado para el final de este apartado el comentario de la variable “ser animado a participar”. Hay que tener en cuenta que en el cuestionario esta pregunta se refiere a si el sujeto ha sido animado a participar por alguien a determinadas acciones, excluyendo de la pregunta el voto y el asociacionismo. Así se explica que esta variable tan potente sólo muestre en el cuadro influencia en acudir a manifestaciones (3,17) y en firmar peticiones (2,84). Ahora bien, esas influencias son la mayor y la tercera en importancia, respectivamente, de todos los análisis que llevamos realizados hasta ahora. Y es que, como ya comentábamos más arriba, la importancia de estar integrado en redes, de que *te lo pregunten* (Varese y Yaish, 2000), de que te lo pidan en definitiva, es un factor importante que altera la estructura de beneficios-costes del individuo y lo empuja a acciones por el mero hecho de esperar recompensas sociales derivadas de ellas. De otra forma, en ausencia de este reconocimiento y presión social, los sujetos no participarían o lo harían en menor medida. Esta cuestión es, si cabe, más notable en el

caso de los jóvenes, ya que tal vez necesiten mayor aprobación y reconocimiento en sus actos que el resto de la población debido a la fase peculiar del ciclo vital en la que se insertan.

Regresiones finales

Hasta ahora hemos descubierto las variables que, dentro de cada grupo, resultaban explicativas de la participación socio-política de los jóvenes. El siguiente paso consiste en incluirlas a todas ellas en un único modelo para ver cuáles se mantienen en el análisis y cuáles, debido a la debilidad de la relación o a que su efecto está subsumido en otras variables, desaparecen del mismo. Sin embargo, el estudio de este último modelo no es sustitutivo de los anteriores. Si hemos querido realizar primero los análisis parciales por grupos de variables ha sido con el objetivo de, llegado este punto, remarcar aquellas variables que se mantienen por encima del resto dentro de un modelo parsimonioso. Los efectos que desaparezcan no deben ser despreciados, sino que han de entenderse eclipsados por otras variables más potentes con las que están en alta correlación. Sólo recorriendo el camino aquí señalado podemos descubrir no ya la asociación de las variables independientes con las dependientes, sino hipotetizar sobre las relaciones entre las propias variables independientes.

Tabla 5. Regresiones logísticas para cada comportamiento participativo.

Exponentes de B (*odds-ratios*) significativos al 99%.

	Votar	Manifestación	Firmar petición	Asociarse
<i>· Características personales</i>				
Sexo				1,7
Edad	-			
Trabajar			-	
Estudiar	0,48	2,18	1,80	
Universitario	2,61	-	-	1,63
Vivir en pareja		0,5		
<i>· Condiciones subjetivas</i>				
Satisfacción con la democracia		-		
Confianza en la gente		-		
Ubicarse ideológicamente	1,77	-	-	
Ser de izquierdas		1,86	1,90	
Ser de centro				
Ser de derechas	-			
No tener religión	0,51		-	-
Información política	1,11	1,1	1,08	-
<i>· Factores de socialización</i>				
Hablar de política en el colegio		-		
Hablar de política en casa	-		-	-
Padres afiliados a asociación		-	-	2,06
Alguien le influyó políticamente	1,97	-	1,67	
<i>· Interacción con los demás</i>				
+ de 6 años viviendo en el lugar	1,57			
Hablar de política	-	1,8	-	1,62
Hablar de política en asociac.		-	2,42	/
Ser animado a participar	/	2,49	2,4	1,6
χ^2 del modelo	106,936	103,328	109,868	71,174
Significación χ^2	,000	,000	,000	,000
- 2 L	938,434	688,754	851,955	970,160
R^2 de Cox y Snell	,130	,133	,135	,088
R^2 de Nagelkerke	,175	,200	,188	,119
N	767	725	757	774

Cursiva: Nuevo efecto

- : Efecto perdido

/ : Variable independiente excluida de la regresión en ese caso concreto por ser incoherente lógicamente o por no poderse plantear la asociación a partir del cuestionario.

En referencia a las características personales podemos realizar tres anotaciones. Primero, el sexo sigue existiendo como fractura entre los jóvenes a la hora de asociarse. Las mujeres lo hacen en menor medida que los hombres a estas edades, lo cual es un factor a tener en cuenta a la hora de tomar medidas en pos de fomentar el acceso de la mujer a dichos ámbitos, estudiando las situaciones que en la juventud alejan a las mujeres de las asociaciones con independencia de otras variables como las consideradas. Segundo, la condición de estudiante sigue fomentando la participación en los comportamientos esperados, aunque aparece un nuevo efecto negativo respecto al voto. Los jóvenes estudiantes sí participan, pero no a través de las urnas sino más cerca de las calles. Tercero, el efecto independiente de ser universitario desaparece, tal y como habíamos predicho, salvo para la situación concreta del voto, cuya probabilidad de ocurrencia multiplica hasta por 2,61. Este efecto indica que ser universitario es un plus para acudir a votar, un plus sobre cualquier otra variable de todas las consideradas. Puede que la explicación vaya en la línea señalada más arriba, en torno a las habilidades cognitivas y al clima especial que ofrece la universidad. Parte de la significación se perdería en otras acciones participativas porque en éstas sí se controla por efecto de red (“ser animado a”), cosa que no hacemos con el voto por una cuestión de diseño de cuestionario.

Por otro lado, de las condiciones subjetivas sigue siendo relevante la ideología y el consumo de información política. Autubicarse ideológicamente ya sólo es importante para votar, perdiendo su efecto en acudir a manifestaciones y en firmar peticiones. En estos dos últimos comportamientos, sin embargo, lo que sí sigue siendo significativo y con un efecto considerable es declararse de izquierdas. Tenemos, por tanto, que en un análisis conjunto sigue persistiendo la ideología de izquierdas como factor multiplicador de la probabilidad de participar de forma “no convencional”, mientras que el efecto antes señalado de la derecha sobre el voto desaparece al tiempo que se afianza respecto a las urnas la ubicación ideológica.

La información política, como hemos dicho, se mantiene para la mayoría de los comportamientos. Los coeficientes bajan, eso sí, haciendo su efecto menor pero significativo. Tan sólo deja de influir como factor explicativo de la participación en asociaciones, lo cual sugiere que afiliarse no requiere específicamente a sujetos que consuman información política en una medida determinada. Ya vimos que el mundo asociativo es muy diverso, incluyendo perfiles asociativos variados no sólo en su fisonomía sino también en sus motivaciones (más o menos “egoístas” o, si se quiere, en

persecución de bienes más o menos privatizables). No ha de haber una conexión necesaria, por tanto, entre el chico que pertenece a un club de fútbol y el consumo de información política a través de los medios de comunicación.

En el apartado de variables referente a la socialización se pierden gran cantidad de los efectos. Tan sólo se mantiene con fuerza la existencia de una figura que ejerciera influencia política en la infancia, lo cual multiplica la probabilidad de votar por 1,97 y la de firmar peticiones por 1,67. También es remarcable el hecho de que la afiliación de los padres a asociaciones duplica la probabilidad de que los hijos actúen también afiliándose. Con estas dos salvedades, el resto de elementos pertenecientes a la socialización se diluyen detrás de otras construcciones. Se trata más bien de potencialidades actualizadas en torno a nuevas variables. Por ejemplo, en una tabla de contingencia que cruce hablar de política en la infancia con consumir información política se aprecian diferencias significativas, por lo que podemos suponer que ambas están asociadas, que el consumo actual de información política depende en alguna medida de la socialización familiar y, por tanto, esta última variable pierde el efecto estadístico directo en los comportamientos observados.

El grupo de variables que hemos utilizado para medir el efecto de red es realmente revelador. El hecho de que los jóvenes sean animados a participar conserva su significatividad en todos los comportamientos, perdiendo algo de fuerza en la relación pero manteniéndose ésta aún así en niveles altos (coeficientes entre 1,6 y 2,49). Por otro lado, hablar de política en asociaciones sólo refuerza ya el hecho de firmar peticiones, quedándose con el efecto que hablar de política en general ejercía en esta variable. Hablar de política, por su parte, sigue incrementando la participación en asociaciones y en manifestaciones. Se trata, en general, de efectos llamativos por sus coeficientes y por el número de comportamientos de participación juvenil a los que afectan.

5) Conclusiones

Ha llegado el momento de establecer las principales observaciones ligadas al presente estudio. El objetivo no es sólo focalizar la atención del lector sobre determinados hechos, sino aclarar las tendencias, comportamientos y variables sobre las que poder incidir, si es que se pretende incrementar la participación juvenil.

Primero, la participación socio-política de los jóvenes es diferente según la acción que estemos observando. Existen algunos comportamientos en los que se muestran típicamente rezagados respecto al resto de grupos de edad, pero en otros actúan por encima de la media e, incluso, lideran el porcentaje participativo. Hay, por tanto, que relativizar y explorar detenidamente las reformulaciones de participación socio-política juvenil para comprenderlas en sus propios términos cuantitativos.

En la línea anterior, los jóvenes lideran la participación callejera, flojean en participación persuasiva y están rezagados en voto y afiliación a partidos. Hemos hipotetizado que dichas diferencias participativas pueden deberse a características peculiares de la juventud como fase vital más que a una ontología juvenil específica. Sin negar la posibilidad de desencanto con la política formal y con los partidos, aquí hemos intentado buscar explicaciones orientadas hacia el manejo individual de recursos entendido en sentido amplio. Los jóvenes, como hemos señalado, aglutinan una serie de características, habitualmente ligadas a la condición de estudiante, que les facilitan la participación en manifestaciones y acciones directas, así como la firma de peticiones en la medida que vaya asociada a las manifestaciones. Para la participación persuasiva no lo tienen tan sencillo, ya que los recursos cognitivos y de experiencia que requiere contactar con políticos y medios de comunicación están más disponibles para edades superiores. Finalmente, la política más formal, partidaria y electoral, les cae ciertamente lejos en base a una menor imbricación social, unos inferiores recursos de red que los presionen a actuar y cierto desencanto con los mecanismos tradicionales.

En cuanto a la participación social, los jóvenes tienen un papel en las asociaciones voluntarias más ordinario que extraordinario. Se afilian en la media, se *multiafilian* también en la media, y cuando hacen cualquiera de las dos cosas se dirigen, al igual que el resto de la población, hacia asociaciones que ofrezcan bienes en alguna medida privatizables. Cuando la aproximación se hace hacia ONGs, la literatura apunta a que tampoco se trata de una afiliación unívocamente ingenua, sino que los voluntarios en ocasiones eligen su opción de forma estratégica, racionalmente, orientándose muchas veces en el caso juvenil hacia la adquisición de experiencia como ventaja competitiva en el posterior mercado de trabajo o como estrategia laboral finalista.

Segundo, no existe un repliegue unívoco e irreversible de la implicación juvenil en las acciones observadas, emergiendo la coyuntura como un factor relevante. No es arriesgado decir que ninguna forma participativa experimenta una caída libre entre la

juventud, sino que las tendencias son estables o incluso al alza. De cualquier forma, lo cierto es que la coyuntura ha demostrado ser de vital importancia a la hora de considerar la participación juvenil en nuestro país. Los gráficos dibujan picos y mínimos relativos que deben ser explicados en base a la situación macro-política del momento. Aquí hemos argumentado que los años previos a la mayoría absoluta del Partido Popular fueron favorables para la participación persuasiva, o que el bienio 2002-2004 fue favorable para la participación callejera, el voto y la afiliación a partidos. La importancia de la coyuntura podría tener que ver con la capacidad de movilización de los jóvenes por parte de los partidos o con los temas de agenda que son actualidad en cada momento. Este es un aspecto, no obstante, que queda por estudiar.

Tercero, no todos los jóvenes participan por igual, sino que existen variables que estructuran los comportamientos participativos. A lo largo del estudio se observa el papel de cada variable en las diferentes acciones, pero quizá sea de utilidad volver a señalar la importancia que el efecto de red, fundamentalmente a través de las variables “hablar de política” y “ser animado a participar”, tiene a la hora de explicar el acercamiento de los jóvenes a los comportamientos políticos. También, como no, otras variables tales como el hecho de estudiar, de consumir información política, ser de izquierdas o haber sido influido en la infancia políticamente por alguien condicionan una porción de los comportamientos en uno u otro sentido y con coeficientes de intensidad variable. Existe, por tanto, una matriz interna dentro del grupo “jóvenes” que los diferencia a la hora de actuar según los valores que cada uno de ellos presente respecto a las variables observadas.

Finalmente cabe apuntar que la participación juvenil es un campo aún por explorar en profundidad. En una primera vía cabría poner en relación ambas vertientes, la política y la asociativa, para observar cómo interaccionan entre sí. Por falta de espacio no hemos podido aquí analizar las correlaciones entre los diferentes comportamientos, cuestión que dejamos para otra ocasión, no sin antes llamar la atención sobre el interés tanto de la relación estática entre formas de participación juvenil como dinámica en referencia a la determinación de trayectorias en la adultez (McFarland y Thomas, 2006).

En una segunda vía, la introducción de las nuevas tecnologías no sólo en la vida cotidiana de los jóvenes y sus relaciones (la *cultura Messenger* de la que habla Gordo

López, 2006) sino también como arma de movilización política (Sampedro, 2005), abre un campo interesante y actual. No me refiero sólo al interés científico sino también a los posibles mecanismos para reactivar una participación juvenil y general de toda la población que podrían ser mayores. Al fin y al cabo, juventudes interconectadas políticamente vía Internet o telefonía móvil son juventudes en red, y ya hemos tenido ocasión de comprobar lo importante que es “ser animado a participar”.

6) Bibliografía

- Almond, G. A. y Verba, S. (1972), *The Civic Culture: political attitudes and democracy in five nations and analytic study*, Princeton y Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Anduiza, Eva (2001), *Actitudes, valores y comportamientos políticos de los jóvenes españoles y europeos*, Madrid: INJUVE.
- Barnes, Samuel H.; Kaase, Max et al. (1979), *Political action : mass participation in five western democracies*, Beverly y Londres: Sage Publications.
- Barreriro, Belén (2001): “Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000: el problema de la abstención en la izquierda”, *Estudios/Working paper*, 2001/171, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Bendit, René (2000), “Participación social y política de los jóvenes en países de la Unión Europea”, en Balardini, Sergio (ed.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, Buenos Aires: CLACSO.
- Benedicto, Jorge y Morán, M^a Luz (2003), *Aprendiendo a ser ciudadanos: experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*, Madrid: INJUVE.
- Caínzos, Miguel A. (en prensa), “Participación de los jóvenes españoles en manifestaciones. Comparación con los jóvenes europeos y análisis de sus determinantes”, en *Revista de Juventud*.
- Calleja, Eduardo (2004), *Las jóvenes generaciones contemporáneas: evolución de los modos conflictivos de participación política*, Madrid: Casa de Velásquez.
- Callejo, Javier (1999), “Voluntariado estratégico en un contexto no elegido: una hipótesis sobre el creciente acercamiento de los jóvenes a las ONGs”, en INJUVE "Tercer sector y participación juvenil", *Revista Juventud*, nº45.

- Elster, Jon (1989), “Social Norms and Economic Theory”, *Journal of Economic Perspectives*: 3 (4), pp. 99-117.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- Funk, Patricia (2005), “Theory and Evidence on the Role of Social Norms in Voting”, *Working paper*, Stockholm School of Economics. Disponible en <http://www.pubchoicesoc.org/papers2005/Funk.pdf>
- González, Juan Jesús (2004), “Las bases sociales de la política española”, *Revista Española de Sociología*, nº 4, pp. 119-142.
- Gordo López, Ángel J. (2006), *Jóvenes y cultura messenger: tecnología de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*, Madrid: FAD.
- Henn, M., Winstein, M. y Wring, D. (2002), “A generation apart? Youth and political participation in Britain”, en *British Journal of Politics and International Relations*, vol. 4, nº 2, pp. 167-192.
- Herreros, Francisco (2002), *¿Por qué confiar? El problema de la creación de capital social*, Madrid: Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- INJUVE (2004), *Informe Juventud en España 2004*, Madrid: INJUVE.
- Kieran, Healy (2000), “Embedded Altruism: Blood Collection Regimes and the European Union's Donor Population”, *American Journal of Sociology*, vol. 105 (6).
- Lacaci, Rafael (1985), *La participación social y política de los jóvenes*, Madrid: Ministerio de Cultura – INJUVE.
- Levi, Margaret (2001). “Social and unsocial capital: a review essay of Robert Putnam’s Making Democracy Work”. *Politics and Society*: 24, 1. [Traducción en *Zona Abierta*: 94/95, pp. 105-120].

- López Novo, J. P. (1993), "Neoinstitucionalismo económico y teoría sociológica", en Lamo de Espinosa, Emilio y Rodríguez Ibáñez, José E. *Problemas de teoría social contemporánea*, Madrid: CIS.
- Maravall, Jose M^a (2003), *El control de los políticos*, Madrid: Taurus.
- Mateos, Araceli y Moral, Félix (2006), *Comportamiento electoral de los jóvenes españoles*, Madrid: INJUVE.
- McClurg, Scott. D. (2003), "Social Networks and Political Participation: The Role of Social Interaction in Explaining Political Participation" en *Political Research Quarterly*, vol. 56, n° 4, pp. 449-464.
- McFarland, Daniel y Reuben, J. Thomas (2006), "Bowling Young: How youth vountary associations influence adult political participation", en *American Sociological Review*, vol. 71, pp. 401-425.
- Montero, José Ramón y Torcal, Mariano (2000): "La Desafección política en España: Un legado que condiciona el presente", *Revista de Occidente*, 227.
- Morales, Laura (2003), *Ever less engaged citizens?: political participation and associational membership in Spain*, Barcelona : ICPS.
- Mutz, Diana C. (2002), "The consequences of cross-cutting networks for political participation", en *American Journal of Political Science*, vol. 46, n° 4, pp. 838-855.
- Offe, Claus (1996), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid: Sistema.
- Olson, Mancur (1971), *The logic of collective action: public goods and the theory of groups*, Cambridge y Massachusetts: Harvard University Press.
- Putnam, Robert D. con Robert Leonardi y Raffaella Y. Nanetti (1993), *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*, Princeton: Princeton University Press.

- (1995), "Bowling Alone: America's Declining Social Capital", *Journal of Democracy*, 6(1):65-78.
- (2000), *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, New York: Simon and Schuster.
- Rosenstone, Steven J. y Hansen, John M. (2003), *Mobilization, Participation, and Democracy in America*, Nueva York: Longman.
- Sampedro, Víctor F. (ed.) (2005), *13-M Multitudes on-line*, Madrid: La Catarata.
- Tocqueville, Alexis de (1980 [1835]), *La democracia en América*, Madrid: Alianza Editorial.
- Torre Prados, Isabel (2005), *Tercer sector y participación ciudadana en España*, Madrid: CIS.
- UNESCO Etxea (2003), *La juventud y el sistema de Naciones Unidas*, Colección Monografías sobre juventud.
- Vallès, Josep M. (2000), *Ciencia Política: una introducción*, Barcelona: Ariel.
- Varese F. y Yaish, M. (2000), "The Importance of Being Asked. The Rescue of Jews in Nazi Europe", *Rationality and Society*, vol. 12 (3), 307-334.
- Wilson, John (2000), "Volunteering", *Annual Review of Sociology*: 26, pp. 215-240.
- Zurdo, Ángel (2003), "Voluntariado y estructura social. Funciones sociales y límites", en Gregorio Rodríguez Cabrero (coord.) *Las entidades voluntarias de acción social en España*, Madrid: Fundación FOESSA.